

Libro|s

Novela Dominick Dunne combina 'grandeur' y sordidez en su aproximación al mundo de los poderosos de Los Angeles. El fallecido novelista y periodista muestra la intimidad de las altas esferas y sus complejas dobles vidas rodeadas de lujo

Esplendores y miserias de la 'upper class'

CARLES BARBA

Cuando Scott Fitzgerald completó *Hermosos y malditos*, informó a su editor en estos términos: "Mi historia cuenta cómo Anthony Patch y su joven y bella esposa Gloria se destruyen contra las rocas de la disipación". Dominick Dunne podría haber dicho lo

mismo de su mejor novela, que Libros del Asteroide presenta ahora en traducción de Pablo Mediavilla. Estamos ante un demoledor retrato de matrimonio acaudalado, el de Jules y Pauline Mendelson y, por extensión, el de toda una comunidad de Los Angeles, la *jet set* local, unas doscientas

familias algunas de las cuales descienden de los clanes españoles fundadores de la metrópolis, y que en general tienen a gala guardar distancias con la gente del cine, y conservan unos rituales sociales no menos endogámicos que la *high class* de la Costa Este. La clase, la elegancia y la sofisticación por descontado forman parte indisoluble de la alta sociedad angelina, y los Mendelson, con su mansión de Clouds, su glamurosa escalera de entrada, sus Monet y su Maillol, personifican esta opulencia, donde la etiqueta y el ingenio mundano mantienen perpetuamente engrasados los resortes de su cotización social. Los Mendelson organizan periódicamente fiestas con las que aseguran su preeminencia, y es en una de estas veladas –con una setentena de invitados elegidos al milímetro– donde Dominick Dunne arranca su relato, y nos da ya indicios de la corrupción moral que esconde aquel mundo de millonarios.

A esa celebración por cierto ha acudido un joven neoyorquino, Philip Quennell, a quien la anfitriona ha tenido el antojo de incluir, sabiéndolo un escritor prometedor. Y será este personaje sensato y externo a las élites de aquellas latitudes, del que se servirá Dunne para desenmascararlas. Del mismo modo, Henry James en *Las bostonianas* opone un rústico joven del Misisipi a todas las sofisticadas de sus heroínas de Nueva Inglaterra. Quennell es en cierto modo el

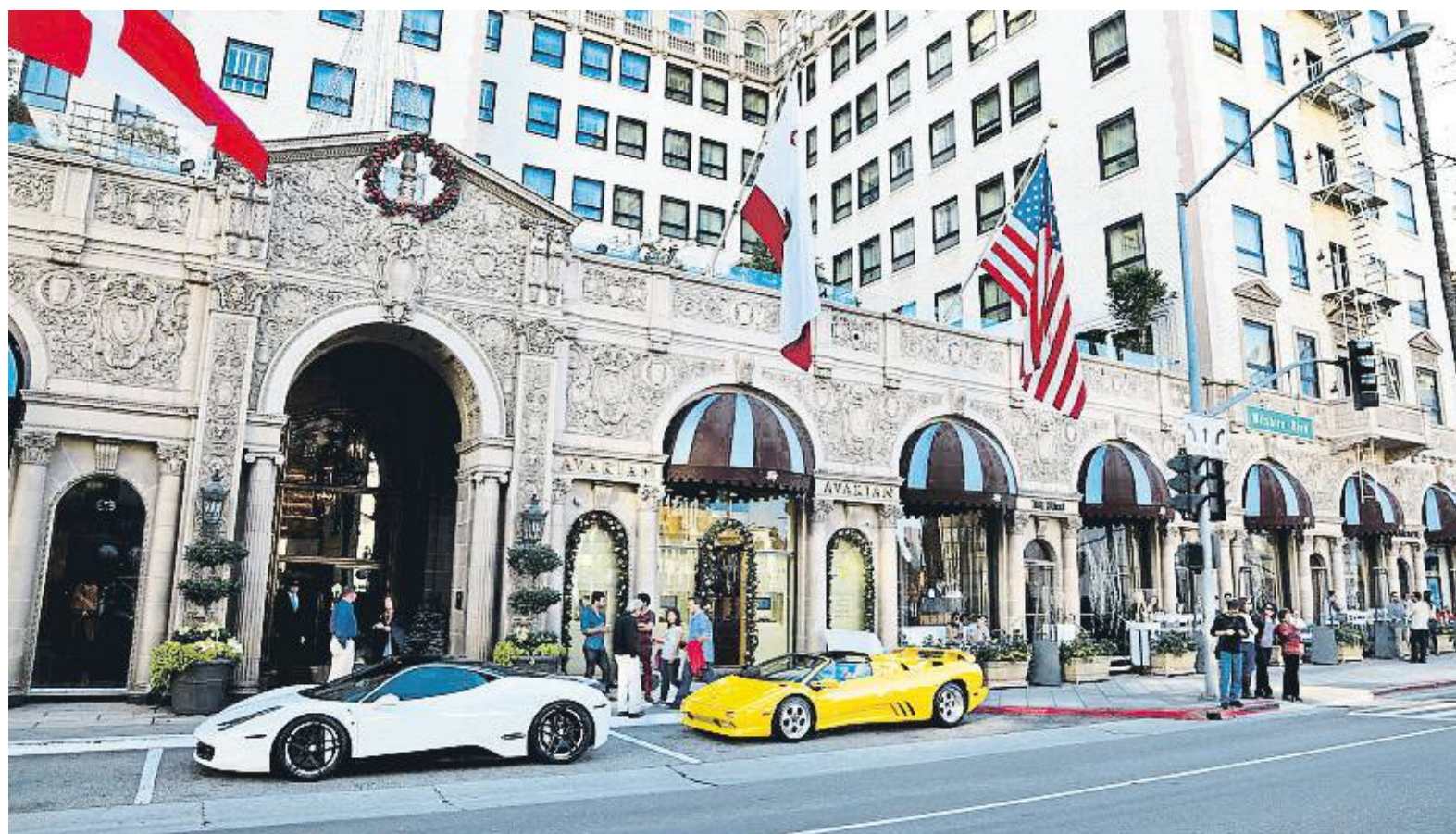
Nick Carraway de esta historia, el único que no está preso en la red de complicidades y secretos que mantienen el statu quo de los poderosos, y el único asimismo que ve o intuye todas sus dobleces y que adivina las calamidades que se ciernen sobre los protagonistas más frágiles.

Entre estos últimos descolla "una mujer inoportuna" que da título a la novela, una preciosidad pelirroja que responde por Flo March y que soñando llegar a actriz de miniserie se que-

Una fiesta de los Mendelson muestra ya los indicios de la corrupción moral de los millonarios

Quennell es el Nick Carraway del relato, el único que no está preso en la red de secretos y ve sus dobleces

da en camarera de una cafetería de Sunset Boulevard. Jules Mendelson, el gran magnate de L.A., da por casualidad con ella y la toma como amante. Para no cometer ningún spoiler, bastará decir aquí que Flo (junto a Quennell) es el otro personaje puro de la narración, y si resulta inoportuna



Coches de lujo aparcados en el hotel Beverly Wilshire, en Beverly Hills; lugares como este son los que recrea Dominick Dunne en sus novelas

el autor

Dominick Dunne

(Hartford, 1925-Nueva York, 2009) empezó su carrera como productor de cine. En 1982 asesinaron a su hija Dominique, actriz de 22 años, y Dunne dió un giro, convirtiéndose en escritor: por un lado periodista y cronista social (en *Vanity Fair*) y por otro novelista (firmando bestsellers como *Una temporada en el purgatorio* o *Las dos señoras Grenville*). *Una mujer inoportuna* (1990) se inspira remotamente en un caso verídico: el asesinato de la actriz Vicki Morgan, que había sido amante secreta de Alfred Bloomington, el dueño de los almacenes y asesor de Reagan.



KEVIN WINTER / GETTY

dentro del entramado de ricos y famosos de la ciudad, es porque (como Marilyn, Nathalie Wood o la mismísima Diana de Gales) con su proceder impredecible, altera peligrosamente las posiciones del tablero social.

La ficción norteamericana no ha sido muy pródiga en la pintura de sus clases dirigentes, y encima Truman Capote nos dejó frustrados con su póstuma *Plegarias atendidas* que en origen tenía que constituir un vasto retablo del “gratín” estadounidense. Dominick Dunne nos compensa moviendo en estas páginas a expresidentes, embajadores, banqueros, productores e industriales y haciéndolo con conocimiento de causa, desde dentro, y con estilo. Se conoce a la lengua que Dunne fue durante años comentarista de sociedad en *Vanity Fair*, y en este novelón sobre la *crème anglina*, su talento para el cotilleo se transforma en gran sátira, y lo que parece al principio homenaje coge luego visos de desquite. Ahí está sin ir más lejos el personaje de Paulina Mendelson, tiene un aura, parece una Oriana de Guermantes californiana. Y no digamos su marido, que a sus muchos millones, está a punto de su-

otros escritores de la ‘jet set’ americana



Henry James

(1843-1916) es el gran retratista del patriciado americano. Neoyorquino, aspiró a un orden social que acabó encontrando en la aristocracia británica. Sus ficciones ponen en escena a una galería de tipos que transitan entre EE.UU. y el continente europeo, y cuyas fortunas no les eximen de padecer conflictos crónicos. *Retrato de una dama*, *Las bostonianas* y *Los embajadores* son sus obras mayores.



Edith Wharton

Nadie como Edith Wharton (1862-1937) ha descrito las clases dominantes neoyorquinas de finales del XIX. En *La edad de la inocencia* o *Las costumbres nacionales* supo pintar las enmarañadas jerarquías sociales de las familias de alcurnia y deslindó las relaciones entre el dinero, el status y las exigencias del corazón. Acabó divorciándose de su multimillonario marido y estableciéndose en Francia, a su aire.



F. Scott Fitzgerald

(1896-1940) ha sido el mejor diseccionador de las clases acomodadas de los años veinte y treinta, la llamada era del jazz. En su obra cumbre, *El gran Gatsby*, mostró despiadadamente cómo estaban hechos algunos ricos de Long Island: “Eran personas des preocupadas. Destrozaban cosas y criaturas y después se refugiaban en su dinero”. En *Tierna es la noche* volvió a dar fe de la bancarrota del sueño americano.



Truman Capote

Truman Capote (1924-1984) en el relato *Desayuno en Tiffany's* alegorizó la atracción por el glamour de los más ricos. En su madurez quiso ficcionalizar su conocimiento de primera mano del *beau monde*, pero la que había de ser su opera magna, *Plegarias atendidas*, se quedó en “ruedas de petardos ya quemados y restos de cohetes” (John Richardson dixit).

Capote nos dejó frustrados con su novela póstuma ‘Plegarias atendidas’ y Dunne nos compensa

Recrea los fastos de la gente de bien de la Costa Oeste en la era de Bush padre y narra su desmoronamiento

mar un nombramiento como jefe de la delegación norteamericana en la UE. Forman una pareja insuperable pero, ay, los cimientos de sus vidas son muy quebradizos, y una cadena de escándalos les salpica de tal modo que destiñen su brillo y acaban sacando de ellos lo peor de sí mismos. Con la meticulosidad y la inmisericordia de un Proust, Dominick Dunne recrea los fastos y ceremoniales de la gente bien de la Costa Oeste en la era de Bush padre, y acto seguido narra paso a paso su desmoronamiento, a la par lleno de *grandeur* y de sordidez. La *jet* y el hampa acaban interseccionando, y ni siquiera un sistema judicial y una prensa manipulados, evitan en el desenlace el gran batacazo. |

Dominick Dunne

Una mujer inoportuna

LIBROS DEL ASTEROIDE. TRADUCCIÓN: PABLO MEDIAVILLA.
590 PÁGINAS. 25,95 EUROS